

# ¿Qué sabemos del Esquí de Montaña?

Pequeña historia de una intrascendente aventura

El Esquí de Montaña es el fruto de la unión de dos grandes deportes: El Alpinismo y el Esquí.

Sir Arnold Lund

por Alfonso Alonso

En estos últimos tiempos se ha hablado bastante del Esquí de Montaña, y según parece hay buen número de montañeros interesados en iniciarse en esta modalidad, que permite hacer recorridos por alta montaña, cuando ésta se cubre de nieve, en condiciones mucho más agradables y, por supuesto, menos fatigosas que marchando digamos «a pie».

Hace ya varios años que venimos practicando esta actividad y poco a poco hemos efectuado algunas travesías que, al menos a nosotros, nos parecieron duras en su día. En rallyes y altas rutas hemos tenido ocasión de coincidir con montañeros —esquiadores de otras regiones— y hemos leído cuanto ha llegado a nuestras manos sobre itinerarios, material, sistemas, etcétera. En una palabra, que nos damos un poco por «enteradetes» sobre el tema, y cuando se habla de él es posible que adoptemos cierta postura de suficiencia, que suponemos debe caer bastante mal a los que nos escuchen. En resumen creemos que somos todo lo normales que se puede pedir en estos tiempos a quien cree que sabe algo más que los demás.

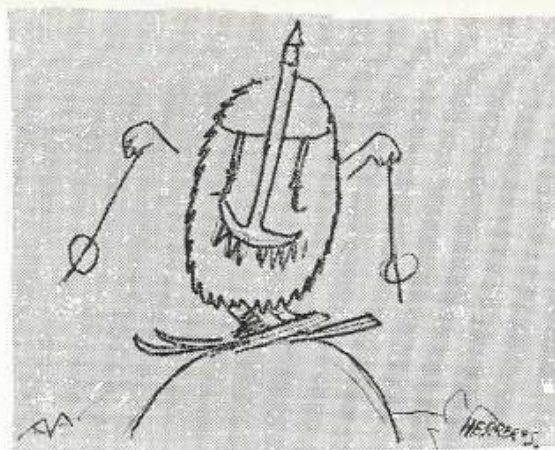
O sea, algo tontos.

Las extrañas condiciones meteorológicas que este año nos han correspondido en suerte, han hecho que la nieve escasee en los lugares que previamente teníamos elegidos para nuestras salidas: Berlanga, Marcadau, Ayous, etc. Únicamente en Picos de Europa, a pesar de su menor altura, parece que hay algo más de nieve, y esto es debido a su proximidad al Mar Cantábrico, que hace que las nubes cargadas de humedad procedentes principalmente del Noroeste, al remontar bruscamente esta barrera de más de dos mil metros, produzcan abundantes precipitaciones en ambas laderas.

Como la orografía de Picos es terriblemente accidentada, con sus profundos hoyos («jous»), inclinadas laderas, canalones y verticales paredes, es necesario que esta capa de nieve alcance bastante grosor para cubrir todo ese caos de piedra y convertir aquello en una superficie esquiabile.

Este año las condiciones no eran precisamente las más favorables. La nieve andaba bastante escasa y las rocas afloraban por todas partes. Los fuertes vientos, que machaconamente han azotado en estos macizos, han dejado su configuración y estado de una manera tan especial, que en espacio de muy pocos metros te puedes encontrar la clásica nieve polvo apretada, hie-





lo, húmeda, costrosa (¡qué simpática ésta!), sólo con cambiar ligeramente de zonas soleadas a sombrías. Ello obliga a marchar con más atención, pero como nos las damos de veteranos y enterados no nos preocupa demasiado.

En realidad, el recorrido que pensamos hacer lo hemos efectuado docenas de veces y es una clásica excursión para principiantes, sin ninguna dificultad.

Lo único que nos fastidia es el peso. En cuanto que en una salida de estas se proyecta pasar una noche fuera y empiezas a meter en la mochila el saco de dormir, ropa de repuesto, hornillo, comida, botiquín, pieles de foca, crampones, piolet, cuerda, etc., enseguida se nos va por encima de los doce o catorce kilos, carga ésta muy soportable en condiciones normales, pero que para la marcha en esquí constituye un serio handicap, tanto a la subida como en el descenso.

A las dos de la tarde abandonamos la estación superior del teleférico, camino de Cabaña Verónica. Nuestra idea es hacer una excursión fácil, intrascendente, casi más que nada lo que pudiéramos llamar «toma de contacto» de principio de temporada para ir estirando un poco las piernas.

Pensamos pernoctar esa noche en Cabaña Verónica y, al día siguiente, si el tiempo está bueno, hacer alguna cumbre clásica de esta zona. Nos atrae particularmente Llambrión, que hicimos en estas condiciones allá por el invierno de 1957, y que tan gratos recuerdos nos trae.

...Entonces no existía la Cabaña, ni mucho menos el teleférico. Se salía andando desde Espinama y solíamos pasar la noche en la mina de la R. C. Asturiana, donde tantas atenciones hemos recibido siempre de nuestros buenos amigos mineros.

...Al día siguiente se madrugaba mucho y generalmente amanecíamos allá por la Vueltona...

—Pero bueno, de aquello hace ya casi veinte años, así que vamos con lo de ahora.

En la Horcadina de Covarrobres nos calzamos los esquís, dejando las fijaciones sueltas para andar, y en pocos minutos alcanzamos la Vueltona. Allí colocamos las pieles de foca y como tenemos bastantes horas por delante iniciamos la subida lentamente.

Javier Rivas, superentrenado este año y fuerte y nerviosillo como de costumbre, enseguida empieza a

sacar distancia, a pesar de que se sale frecuentemente de la ruta para tomar planos de esa película que vamos a hacer algún día...

Hoy dice que viene griposo, que le duele la garganta y que esta noche se va a tomar tantas y cuantas cosas. Yo en cambio, que le saco cerca de veinte años, y eso no se cura con aspirinas, voy renegando del peso y asegurando que este año había jurado y perjurado que no haría ninguna excursión con carga... pero que al final me han liado y son unos tales y cuales, a pesar de todo lo que presumen de amigos.

«Quique», Enrique Herreros, que me saca a mí tantos años como yo a Javier, cada vez que me oye protestar dice: «Pues anda que yo...», y con eso me hace polvo y tengo que callarme o rezongar por lo bajo. Con la disculpa de esperarle aprovecho para darme mis buenos descansos, y la huella de Javier la modifico varias veces haciéndola menos pendiente. Al mismo tiempo le voy explicando a Enrique que en estas primeras salidas no conviene cansarse mucho, porque luego los músculos, etc....

Enrique se deja convencer muy a gusto y así, entre parada y parada, comentarios, fotos, y algún que otro trago, vamos ganando altura sin gran esfuerzo.

El día está radiante, casi sin una nube, y con esa luz especial que tiene la montaña en estos días de invierno. En la montaña, sólo nosotros. Tres buenos amigos. La verdad es que teníamos todo: montaña, nieve, sol, amistad, alegría, casi estaba por decir que juventud, porque de verdad la había y abundante en nuestro espíritu. Nos sentíamos muy felices y creo que sentíamos algo de pena por tantos como actualmente presumen de «insatisfechos». ¿No les vendría bien sudar un poco?

Gran parada en la bifurcación de los caminos de Peña Vieja y Horcados Rojos.

Aquí tomamos diferentes rutas. Javier y Enrique siguen por la ladera de la derecha, más o menos por donde va el sendero, con el fin de no perder altura. Yo me voy a ir por la parte de la izquierda, la ladera que da sobre Hoyo sin Tierra, y que es un poco más inclinada, pero luego sale directamente a la pendiente que queda justamente debajo de Cabaña Verónica. Ya he pasado por ahí varias veces y da la sensación de que es menos fatigoso. Únicamente hay que tener cuidado con las pendientes que hay sobre el Hoyo. Son muy inclinadas y llenas de rocas, y a veces se ponen





muy heladas. En previsión coloco las cuchillas de hielo y compruebo con satisfacción que marchó muy bien y creo que gano terreno a mis compañeros. Cuando ya estoy remontando la pala que lleva a la cabaña, en una parada observo que me falta una de las cuchillas. Como no me hace ninguna gracia perderlas, vuelvo atrás, remonto la pendiente opuesta y, casi arriba, la encuentro.

Como tengo que presumir de tío sufrido este incidente no produce en mí más reacción que el acordarme del ilustre académico Cela, y de su vocabulario tan propio para estos casos. Todo sea por la cultura...

Está haciendo bastante frío y la llegada a la cabaña nos produce una gran sensación de bienestar, a pesar de la ya clásica suciedad y desorden que impera dentro.

Hacemos todos los comentarios de costumbre: Lo que costó colocarla allí. Lo limpia y ordenada que estaba en los primeros tiempos. «Claro, ahora con tanta gente»...

Como con estos comentarios no se arregla nada, optamos por agarrar una escoba y unos trapos y en unos minutos queda bastante aceptable. Por lo menos nos lo parece.

Javier, que siempre está muy dispuesto para las faenas de cocina, nos recuerda que sigue malo y que no hará nada. También que le duele la garganta y que no le hagamos hablar mucho. Eso no tiene dificultad porque entre Enrique y yo somos capaces de hablar hasta marear a cualquiera... si nos aguanta.

Lo que ya no nos parece tan bien es que Javi saca un «spray» de esos, abre la boca a tope y, ¡halala!, venga de «sprayrazos» contra sus microbios. Enrique dice que aquello huele a rayos, pero que él ya se ha acostumbrado, porque vienen así desde Madrid. Yo me resisto y digo que hay que hacer algo. Entonces Enrique saca de su mochila un hermoso frasco de orujo de Liébana, obsequio de nuestro común y buen amigo Paco Soberón, y cada vez que Javier ataca con el pulverizador ese, nosotros contraatacamos con el orujo. Según Herreros, Javier lo que hace es sacar sus microbios y mandárnoslos a nosotros que estamos fuertes. Sí, ¿eh? Pues van dados.

Como Javier ve que cada vez nos reímos más, y encima no paramos de comer jamón, acaba por abandonar

su sistema y se pasa al nuestro. Lo que vale el buen ejemplo.

Al final, ya «muy mejorado», decide que hará la cena, pero que yo he de salir a buscar nieve para fundir y hacer agua. Me presto gustoso porque esto me da la oportunidad de explicarles lo mucho que de estas cosas he aprendido por esas montañas de Dios, y de paso tirarme unas cuantas faroladas que me dejan completamente feliz.

Lo primero que hacemos es preparar un té bien caliente y azucarado. Esto, aparte de que sienta bien, da mucho ambiente y en todos los relatos de montaña sale a relucir.

Luego, mientras vamos picando algunas cosillas, decidimos que el primer plato será una buena sopa. Después tenemos muchas cosas para elegir. Yo voto por una lata de «pato con ciruelas», que compre hace unos días en Pau y pesa como un demonio. Ellos son partidarios de comerse un bote de lentejas con chorizo (bueno el bote no, claro), que ha subido Javier. A mí, la verdad, es que no me hacen demasiada gracia, y como me estoy poniendo morado de comer jamón, les digo que cedo mi parte, y que no se preocupen que ya comeré cualquier cosa. Además, me parece que el bote es bastante pequeño para repartir entre tres. Ahora están dándole vueltas sin ponerse de acuerdo en si es mejor calentarlo en la lata o en una cazuela. Total, que entre unas cosas y otras, el bote se vuelca y ya no tienen ningún problema para repartirse las dos cucharadas de lentejas y el chorizo que se han salvado. Yo quedo como un señor y esto es muy importante en la montaña, para que luego cojas fama de sacrificado, buen amigo y todo eso.

Ya es completamente de noche y cada vez que salgo a buscar hielo, compruebo que el cielo está cada vez más cubierto y sopla un viento cada vez más fuerte. A pesar de que hoy «toca» luna llena, ya no se ve ninguna de las cumbres que nos rodean ni siquiera la cercana de Horcados Rojos. La temperatura anda alrededor de los  $-10^{\circ}$ , así que la nieve que se fundió hoy con el sol, mañana estará como una piedra. Si despejase...

Dentro de la cabaña, con varias velas encendidas y el hornillo calentando el té; da gusto estar. Ya Javier ha decidido abiertamente combatir su catarro a base de orujo y se lo toma solo, con té, mezclado con el almí-





bar de la lata de piña y al final con leche, azúcar y aspirinas. Así durmió luego como un bendito.

Enrique y yo nos dedicamos a decir algunas burradas, cosa que se nos da bastante bien, y Javier dice que parecemos una pareja de payasos ahora de moda, pero en mejor, claro.

Damos a elegir litera a Enrique, que coloca a mano su linterna, gafas y un bote vacío, porque dice que ha tomado demasiado líquido. Antes de acostarse nos cuenta cosas de cuando salía con Galilea, Sol y otros de sus tiempos. «Gali» dejaba todas las noches al lado del saco un bote así, y generalmente de madrugada cuando tenía ganas de hacer «pipí», para no enfriarse, alargaba la mano, metía el bote en el saco y ¡hala! Una noche, después que se durmió, se lo llenaron de agujeros y... «estuvo varios días que apenas nos hablaba. No sé qué le pasaba».

Yo aprovecho para contarles lo de aquel otro que decía que tenía que poner todas las noches en su mesita dos vasos: uno lleno de agua, por si tenía sed, y otro sin agua por si no tenía sed. No parece que les hace gracia. Ni se sonríen un poco. ¡Qué tíos estos de Madrid!

En cambio Enrique nos sigue contando las historias del perro de Mérito Sol, que tenía pendiente a todo el barrio de sus aventuras canino-amorosas, y también lo de aquella vez...

...vaya manera de roncar el amigo Javi. Adiós catarro.

En la «calle» cada vez sopla el viento con más fuerza. Qué bien se está aquí.

Cuando voy a apagar la vela antes de acostarme, y sin que aparentemente venga a cuento, acuden a mi memoria momentos pasados en otras lejanas montañas y cómo entonces añoraba todo esto. Ahora recuerdo con gran afecto a todos los compañeros de aquella aventura, y me agradaría mucho que estuvieran aquí esta noche en esta confortable cabaña. Podrías tener muchas velas encendidas, Felipe...

...A Uriarte le gustaba mucho tener por la noche una vela encendida. Una de esas velas en espiral que se usan en el país vasco. Luego metía su cabeza dentro del saco, encendía la lámpara frontal y me leía cosas de Whitman. La vela era para dar ambiente y, además, no parecía que hacía tanto frío. Una mañana se nos quedó encendida y se quemó parte de la tienda. Fue un buen susto, pero no tuvo mayor importancia. La arreglamos y quedó muy bien y, por supuesto, seguimos usando la velita. ¡Era tan agradable!

...También como allí hace mucho viento, y como entonces pensamos: «Si hace bueno mañana»...

Durante la noche Enrique se levanta varias veces con su botecito. Dice que lo ha elegido pequeño. Aunque estamos despiertos no le preguntamos nada. Ya en su último viaje le digo:

—¿Qué tal, Enrique, qué día hace?

—Un día de perros. Hay niebla, viento y hace un frío que pela.

—Bueno, pues tranquilos en el saco, que no hemos venido aquí a sufrir.





Poco a poco nos vamos levantando y según sacamos la nariz al exterior nos damos cuenta de que el tiempo se ha estropeado y hoy no hay nada que hacer. Como Javier y Enrique han de regresar esta tarde a Madrid decidimos bajar tranquilamente. Otro día será.

Recogemos y ordenamos la cabaña lo mejor posible mientras hacemos los desayunos. Javier está calentando leche y yo le hago alguna tímida insinuación sobre comernos el pato, pero no parece que tiene muy buena acogida, así que otra vez a la mochila, que parece que pesa lo mismo o más que ayer, al meter dentro las pieles y cuchillas.

Enrique dice que como él baja más despacio saldrá delante, que enseguida le alcanzamos.

Javier se coloca estratégicamente frente a una placa de hielo que hay debajo de la cabaña y me dice que salga que me va a filmar. Recuerdo rápidamente cuál es la postura más correcta, porque luego hay que presumir, salgo y ¡zas!, ahí tiene Javi la oportunidad de filmar una buena «chufa» en cuanto intento dar el primer viraje.

Me levanto escupiendo nieve y buscando la explicación... La mochila se me ha soltado, y... claro el peso... ¡La porra!

La nieve está hoy en condiciones mucho peores que ayer. El viento ha acumulado en algunos lugares nieve en polvo, y de repente sales de ellos y te encuentras con una placa de hielo duro y brillante en que apenas agarran los cantos. Con esta niebla se aprecia muy mal el relieve y todo ello produce una gran sensación de inseguridad.

Al llegar al collado que separa la torre de Horcados Rojos de la ladera de Cabaña Verónica, se puede elegir entre bajar por el fondo del tubo hasta el hoyo y remontar la pendiente opuesta o tomar la ladera izquierda pegada a Horcados Rojos, o la derecha, que da sobre el Hoyo sin Tierra, por donde subí ayer. Enrique sigue el primer camino, es decir, por el fondo, y ya se encuentra remontando la ladera opuesta, dura, pero sin peligro. Javier toma la de la izquierda. Calcula muy bien la inclinación y la cruza de un tirón. Una vez al otro lado, me dice que siga, que quiere filmar más. (Más bofetadas, claro). Entonces se me ocurre volver por el mismo lugar que utilicé ayer al subir. Pienso que las huellas hechas me pueden ayu-

dar, y además no tengo necesidad de remontar tanto para llegar a la bifurcación de caminos. Luego todo será bajar y bajar.

Al principio todo va bien. Como no me hace gracia darme tantos golpes, bajo muy despacio acentuando la flexión. Paso por entre dos gruesas piedras que indican muy bien esa ruta y ahora ya sólo tengo que pasar la fuerte pendiente que hay sobre el hoyo. Empiezo a bajar y noto que voy más deprisa de lo conveniente. Intento hacer un pequeño viraje de cara a la pendiente para detenerme y compruebo que estoy en una pura placa de hielo y que empiezo a derrapar sin conseguir que me agarren los cantos. Acentúo más el canteo y consigo pararme, pero me doy cuenta de que en cuanto haga algún mal movimiento me iré por toda aquella helada placa hasta el fondo del hoyo, lleno de esas piedras calizas de Picos, cortantes como cuchillos. ¡Vaya, hombre, mira por donde se pueden complicar las cosas! Por aquí he bajado otras veces con buenas nieves y hasta me he permitido algunos virajes bastante aceptables. Ahora, con la sensación de falta de agarre de los cantos, y el peso de la mochila no me atrevo ni a dar la socorrida y modesta «vuelta María». La niebla aumenta la sensación de pendiente y, sobre todo, no se lo que hay más adelante. Hubiera debido poner las cuchillas de hielo para cruzar esto, pero quien iba a pensar que estaba así. Las cuchillas, con las pieles y los crampones, están en el fondo de la mochila, y al piolet, que a mano y sujeto con una buena boga de nylon me hubiera permitido asegurarme y tomar la decisión más conveniente, va atrás en la mochila con la punta hacia arriba como una antena.

En esos pocos segundos, mientras pienso qué es lo que debo hacer, y las piernas se me empiezan a cansar de la postura forzada, me doy cuenta de la cantidad de cosas que pueden ocurrir, a veces en sitios aparentemente sin peligro, y que luego calificamos de «cosa tonta». Sí, ocurren muchas veces en la montaña «cosas tontas» y que desgraciadamente a veces no tienen remedio. Recuerdo a buenos amigos que sufrieron accidentes en sitios aparentemente inofensivos, y aunque no puedo decir que estoy pasando miedo, tampoco me encuentro muy a gusto. Desde luego si me voy para abajo me rompo la crisma contra las piedras del hoyo, eso seguro. Lo más importante ahora es no caerse y ver cómo pasamos esta placa. La niebla es ahora más clara y veo que unos metros más





adelante la pendiente es aún más fuerte, pero cambia un poco la orientación de la ladera y se ven huellas de una pequeña avalancha producida el día anterior. Sobre la superficie han quedado esas bolas de nieve que tanto nos fastidian cuando bajamos esquiando en plan de «disfrute», pero que ahora me pueden ser muy útiles. Saco la mano izquierda de la correa del bastón y agarro éste por cerca de la arandela. Así tendré el punto de apoyo más cerca y si me caigo quizás pueda frenar antes de llegar abajo... a las piedras. Luego muy flexionado inicio la travesía no muy deprisa por si acaso... estoy justo encima del Hoyo sin Tierra y ahora sí, la verdad, tengo mi miedo, pero ya estoy acabando de cruzar la placa y entro en la zona de nieve rugosa por el pequeño alud. Unos pasos más y ya el terreno es más noble y la nieve menos dura. Javier ha llegado hace un momento y dice:

—¿Qué te pasa, que has tardado tanto?

—No sé, creo que me estoy haciendo viejo...

Un trago de té caliente, y ahora a bajar. Aquí cada uno se cae tantas veces como le corresponde en suerte, pero apuramos el descenso y llegamos al teleférico con los esquís puestos.

Acababa de salir la última cabina de la mañana, así que hasta las tres de la tarde teníamos dos horas disponibles.

Entonces Enrique dijo: «Hombre, vamos a calentar esa lata de pato para comer».

¡Vaya, hombre, por fin! Estaba muy buena.

Nuestros buenos amigos del teleférico, y otros más que nos encontramos, nos hacen las preguntas de siempre.

—¿Qué tal la nieve arriba, estaba buena?

—Sí, sí, buena, buena, algo durilla en algunos sitios, pero muy buena. Lo hemos pasado fenómeno.

Y desde ese día he andado pensando en que se pueden decir muchas cosas sobre el esquí de montaña. Quizás a alguien le pueda parecer hasta ridículo que en estos tiempos en que Sylvain Saudan y otros «fenómenos» del esquí extremo han descendido vertiginosos corredores de nieve y hielo en Alpes y otras montañas, pueda haber alguien a quien interesen estas insignificantes aventuras. Nosotros pensábamos que sabíamos bastante sobre estas cosas y nos hemos dado cuenta de que lo que necesitamos es APRENDER mucho, y puede ser que a otros, al igual que a nosotros, también les sirvan estas reflexiones.

Por eso nos hemos atrevido a escribir esto. Perdón.

A. A.